PARIS EN AMÉRICA

POR EL DOCTOR RENÉ LEFEBVRE:

PARISIENSE.

Traducido para el Correo del Domingo de la 10ª edicion francesa.

CONTINUACION—*Empieza en la páj.* 396

CAPITULO XX.

Un luncheon de ministros (1).

En medio de la multitud que felicitaba al nuevo apóstol, fué Truth conducido por mí á su casa. Como tenia suma necesidad de descanso, le rogué se recostase en su cama algunos instantes; desgraciadamente tenia que permanecer en pié y que hallarse allí presente. La señora Truth habia dispuesto un formidable *luncheon* para los amigos de su marido, y habia tenido la bondad de darme un lugar entre los convidados.

Allí estaban Jenny y Susana, encantadas con el sermon que habian oido y que tal vez no habian comprendido. El imperio que la palabra ejerce en las mujeres tiene algo de increible. En mas de una ocasion, hallándome en mi cuarto solo y con las puertas cerradas con dobles pasadores, me he preguntado si la mujer no era por naturaleza superior al hombre. Ella tiene pasiones menos violentas y una facilidad de educacion mas grande. Mientras que Adan se dormia en su inocencia, ya Eva tenia curiosidad de saber. Paréceme que si hasta ahora hemos heredado la natural bondad de nuestro primer padre, las hijas de Eva no han dejenerado de su abuela. Pienso como Molière, que es prudente no instruir demasiado á ese sexo inquieto y malicioso.

Teniendo á las mujeres en una ignorancia honesta, les damos todos los vicios, pero les damos tambien todas las flaquezas de la esclava: nuestro imperio está asegurado. Pero si educásemos esas almas ardientes é injénuas, si las inflamásemos en el amor de la verdad, ¿quién sabe si muy luego no se ruborizarian al conocer la necedad y torpeza de sus amos? Reservemos el saber para nosotros solos, porque él nos diviniza:

Nuestro imperio sucumbe si el hombre es conocido.

Se sentaron á la mesa, lo que confieso no me fué en manera alguna desagradable. Tal habia sido mi ardor relijioso que me habia olvidado de almorzar, y la materia empezaba á sufrir. La señora de la casa hízome el honor de colocarme á su izquierda, y me sirvió el té acompañado de dos ó tres pedazos de jamon de Cincinati, que tuve mucho trabajo en devorar con cierta decencia. Susana me abria los ojos, reprochándome mi voracidad. Volvia pues á hallar á mi hija. En los Estados Unidos lo mismo que en Francia, en toda casa decente son los niños los que enseñan á sus padres.

(1) *Luncheon:* alimento tomado entre el almuerzo y la comida. Hacer las once; tomar un bocado.

(*Dicc. ing.*—EL TRAD.)

Tan luego como mi hambre devorador se hubo satisfecho un poco, trabé conversacion con mi vecina, la mujer de Truth, buena y amable señora que adoraba á su marido. Esta es costumbre de América.

La salud de Truth me causaba temores; para mí era evidente que la cátedra le estenuaria mucho mas pronto que el periódico, y con destreza traté de insinuárselo á su esposa.

Para no inquietarla le dije hablando en jeneral que la palabra era un oficio muy duro, siendo á veces necesario un absoluto descanso para ciertos temperamentos delicados y nerviosos. Tiempo perdido! Ella no me habló mas que de la grandeza de su nuevo estado: el orgullo la embriagaba.

—Ser la esposa de un pastor, me decia, es el sueño de todas las jóvenes No puede usted hacerse cargo de la pena que tuve cuando mi querido Joel renunció á su primera vocacion para hacerse periodista. El ministerio únicamente es lo que colma todos los votos de la mujer. Tan solo así es ella, en todo el rigor de la espresion, la compañera de su marido, su verdadera mitad: las mismas penas, los mismos goces, los mismos deberes.

—Por ventura tambien usted predica? le pregunté.

—No en la iglesia, respondió, pues el apóstol Pablo nos lo prohibe. Pero ¿acaso es tan solo en el templo donde se ejercita el ministerio y se anuncia la palabra de Dios? Instruir á las niñas, aconsejar á las jóvenes, visitar á las recien paridas, llorar con las viudas, asistir á los enfermos, leerles el evanjelio y en caso necesario ayudarles á morir, son obras en que puedo auxiliar y en ocasiones tambien reemplazar á mi marido. Joel, agregó levantando la voz, ¿no es cierto que yo soy tu vicario, y que confias en mí?

A este estraño discurso que, cosa rara, á nadie sorprendió sino á mi, contestó Truth con una dulce sonrisa y haciendo una seña con la mano. La mujer del pastor hecha pastor á su vez y segundo ministro! Nunca se me habia venido á las mientes una absurdidad semejante. Los dos polos de la existencia de una francesa son el baile y la comida. Salir de ahí es un desórden, peor que eso, una cosa ridícula.

—Sin embargo, prosiguió la señora Truth, hay aun algo que es mas hermoso que el ministerio, y es la mision.

—¿Tienen ustedes mujeres misioneras? esclamé espantado.

—No, contestó. Solo los católicos gozan de este privilejio que yo les envidio. Nosotros no tenemos herma-

nas de caridad, sino solamente mujeres de misioneros. Es un papel que echo de menos. Participar de los trabajos de su marido, es una cosa agradable; participar de sus peligros es una cosa grande delante de Dios. No se admire usted de mi ambicion; soy hija de ministro; mis dos hermanas se han casado con misioneros. Una está en el Cabo y la otra en China; ambas bendicen al Señor, que les ha dado una suerte gloriosa.

—Esos misioneros casados, díjela, no llevan una vida demasiado penosa. Llevar consigo la mujer, los hijos, el hogar, es solo cambiar de patria. Añada usted á esto una instalacion cómoda y fija, acompañada de un buen sueldo, y en tales condiciones, no se requiere una virtud muy grande para predicar el Evanjelio.

—¿Lo cree usted? repuso mi vecina pasmada de la ironia de mis palabras. Ignoro si es mejor cruzar el mundo, sembrar al paso la palabra de Cristo y entregar ese jérmen á la gracia de Dios, ó si es preferible encerrarse en un campo limitado para sembrar, regar y cultivar hasta la cosecha ese grano precioso. Lo que sé, es que la dicha de tener cerca de sí lo que se ama nada quita á la caridad del misionero y tal vez añade un mérito mas á su consagracion.

Pedro era casado, prosiguió, ¿dejó por esa razon de ser escojido para príncipe de los apóstoles? En el Cabo, donde mi hermana fundó una escuela y un obrador para las negras jóvenes, donde se sirvió de la civilizacion para preparar los corazones á recibir el Evanjelio, los Boers incendiaron por tres veces la mision. Mi cuñado, médico como lo son la mayor parte de los misioneros, perdió una mano arrancando una flecha emponzoñada á un pobre cafre.

En China, los Fai-Pings espulsaron á mi hermana de provincia en provincia. Hoy se halla en Shang-Hai, arruinada y enferma, pero siempre llena de fé. Su casa es hospital de heridos, asilo de viudas y de huérfanos. En medio de la fiebre y en una constante tarea, es ella quien ayuda á su marido á predicar el Evanjelio. Mas probada en el dolor que Abrahan, Dios le ha reclamado en dos ocasiones la vida de sus hijos. Y sin embargo considérase feliz por haber sido designada para ese sacrificio y por poder servir al Señor, aun á precio de su mas preciosa sangre!

Yo nada respondí. En la historia de Abrahan hay cosas que me conmueven mas que el episodio de Isaac, Virtud ó fanatismo, semejante obediencia sobrepasa mis fuerzas, y no la comprendo.

Para desviar reflexiones que me inquietaban, me volví hácia mi vecino de la izquierda, que era el verdadero tipo del sajon: anchos hombros, pecho de bóveda, cuello largo que terminaba en una cabeza cuadrada, facciones pronunciadas, calva frente y en ella cejas enormes debajo de las cuales brillaban dos ojos que arrojaban chispas: la fuerza y la voluntad reunidas. Noé Brown, que tal era el nombre de mi nuevo amigo, era el pastor á quien Truth reemplazaba. Yo aproveché esta ocasion para instruirme, y le pregunté qué cosa era esa iglesia congregacionalista cuyo nombre me intrigaba.

—¡Es posible! dijo Brown, sorprendido de mi ignorancia. ¿No sabe usted que ella es nuestra vieja iglesia puritana, la que nuestros padres los peregrinos, desterrados por la intolerancia, trajeron consigo en su primer buque llamado *La flor de María?* Al romper con las abominaciones é idolatrias de la Babilonia anglicana, nuestros abuelos quisieron arrancar de raiz la herejia de la jerarquia.

A ejemplo de los cristianos primitivos, constituyeron de cada reunion de fieles una iglesia ó congregacion independiente, perfecta república, gobernada por los ancianos y administrada por el pastor. De ese foco de independencia y de igualdad surjió nuestra comunidad. Ahí es donde se halla el secreto de nuestra vida y de nuestra grandeza política.

La América no es mas que una confederacion de iglesias y comunidades soberanas: es la flor del puritanismo. Aquí como en todas partes, la relijion ha hecho al hombre y al ciudadano á su imájen. Una iglesia libre ha hecho nacer una sociedad libre.

Esta paradoja, dicha con toda la afectada gravedad del puritano me chocó. Si hubiera de creerse á estos fanáticos, su catecismo gobernaria el mundo. Que miren á la Francia, la patria de las luces y de la filosofia, y pronto sabrán á lo que se limita la influencia de la relijion sobre el estado y la sociedad. En Francia somos muy católicos en la iglesia y fuera de ella, que es lo que se quiere. Esto era lo que yo traté de demostrar á mi predicador, pero, tan testarudo como un sajon metido en un yankee, cuantas mas pruebas amontonaba para confundirle, tanto mas se resistia á la razon.

—Vea usted á los ingleses, esclamó. Todo aquel que conozca su iglesia conoce su historia. Esos lores espirituales, esas asambleas dueñas de la fé, esa carta inmutable en treinta y nueve artículos, ese libro de rezo establecido por la autoridad de los obispos y del soberano; universidades y escuelas privilejiadas, enormes propiedades, un considerable patronato, ¿qué puede dar todo eso, mas que una sociedad aristocrática? Sin los disidentes que son la sal de la tierra, hace largo tiempo que la Inglaterra estaria convertida en una momia como el viejo Ejipto.

—¿Y los franceses? preguntéle para ponerle en aprieto.

—El frances, contestó, es católico, monárquico y soldado, en tanto que el americano es protestante, republicano y ciudadano. Todo se mantiene como los dedos de la mano. Tan imposible seria hacer una república de la Francia como de los Estados Unidos una monarquia. La diferencia entre las iglesias constituye la de las sociedades.

—¿Puedo saber á cual de esas sociedades atribuye usted superioridad?

—Júzguelo usted mismo, respondió. La una es una sociedad de niños, la otra una sociedad de hombres.

—Veo con satisfaccion que somos del mismo sentir.

—Me alegro mucho, repuso; y se puso á beber su taza de té tranquilamente.

—No hay duda, añadí inclinandome hácia él, que los americanos menos que un pueblo son un enjambre de inmigrantes dispersos en el desierto; actualmente quizas la libertad tiene pocos inconvenientes. Pero á medida que la América envejezca, ha de probar la necesidad de constituir una sociedad verdadera y entonces ha de agruparse bajo la bandera de la autoridad.

—Señor mio, dijo poniendo bruscamente su taza sobre

a mesa; usted no me ha comprendido. Creo precisamente lo contrario de lo que usted dice.

—¡Pues qué! tomaria usted acaso á los franceses por un pueblo de niños?

—En política, eso es indudable. ¿Desde cuando datan ellos su libertad? ¡y qué libertad! desde 1789; pues bien, la nuestra data desde 1620; es decir, que somos ciento sesenta años mayores que ellos: contamos tres veces su esperiencia y veinte veces su sabiduria.

—Segun eso, repuse conmovido, usted adjudica á la América la palma de la civilizacion?

—Evitemos las confusiones de lenguaje, me contestó con frialdad. Civilizacion es una palabra compleja, que comprende tantos elementos diversos, que cada pueblo á su turno podria pretender el primer rango. ¿Qué es lo que constituye la civilizacion? La relijion, la política, las costumbres, la industria, la ciencia, la literatura, el arte? ¿Es alguna de estas cosas, ó lo son todas ellas juntas? Vea usted cuan complicado es el problema. El arte, por ejemplo, llamado por los jentiles la flor de la civilizacion, no brota harto á menudo sinó sobre una rama podrida; así es que entre nosotros los modernos, que vivimos de la imitacion de los antiguos, yo creeria de buena gana que el pueblo mas viejo es el mas artista.

En Francia tienen el gusto mas refinado que en Inglaterra; pero un italiano tiene por naturaleza mas habilidad que un frances. En industria todas las naciones libres se igualan: la ciencia no tiene patria.

Respecto de la literatura, cada pueblo encuentra en la suya la espresion de su pensamiento. Abandono á los críticos el pueril placer de determinar el puesto á Dante, á Molière ó á Shakspeare; pero la relijion, la política y las costumbres forman un haz inseparable. Allí está la sávia de un pueblo, allí está su porvenir. En este punto, doy resueltamente el primer puesto á mi iglesia y á mi pais. Creo en la libertad; soy americano y puritano.

—Mohicano, dije para mí; ya se comprende lo demas: tú no sabes ni mentir siquiera para ser cortes.

Iba ya á confundir á aquel insoportable predicador, cuando por dicha suya nos levantamos de la mesa.

Me separé de aquel espíritu menguado y huraño y me acerqué á un jóven pastor, cuyo agradable aspecto me interesó. Antes del almuerzo, habíame presentado Truth al señor Naaman Walford como una de las columnas de la moderna Sion. Deseoso de conocer á aquel fénix, considerado un teólogo razonable, quise ser bien recibido por el señor Naaman. Comencé pues por felicitarle por la escelente adquisicion que hacia su iglesia en la persona de mi amigo Truth.

—Perdone usted, me dijo; soy presbiteriano.

—¡Prebiteriano! y viene usted á cumplimentar á un rival? Esto muestra una buena alma, porque, aquí entre nosotros, este hombre, este ministro á quien usted estrecha la mano, es un hereje á quien usted mismo condena.

—Yo! dijo en estremo sotprendido: yo no condeno á nadie; eso no es procedea cristianamente.

—Me he esplicado mal, apreciado señor Naaman. Queria decir que á ejemplo del divino pastor, que buscaba las ovejas descarriadas de Israel, usted no teme vivir familiarmente con personas cuyo error usted detesta.

—El señor Truth me ha conmovido esta mañana, y no considero que esté en error.

Me asombré á mi vez y creia haberle comprendido mal.

—Señor, dije al jóven ministro, ¿cree usted que su iglesia enseña la verdad?

—Sin duda, de lo contrario no estaria mas en ella.

—Luego hay dos verdades, lo mismo que hay dos iglesias, repuse á mi turno: una verdad presbiteriana y otra verdad congregacionalista. Puede ser que haya tambien una verdad baptista, metodista, luterana y aun católica. Escuse usted mi ignorancia, pero yo suponia que la verdad era una y que la señal del error era el dividirse al infinito.

—Doctor, dijo Naaman, algo conmovido por mi vivacidad francesa: cuando usted está en el mar y quiere saber la hora ¿qué hace usted?

—Le pido la hora al sol y me la dá. ¿Acaso pretende usted contestarme con un apólogo? Señor mio, siempre gustan poco los ejemplos y no se admite mas que razones.

—Soy jóven, doctor, y me atrevo á contar con la induljencia de usted, respondióme Naaman sonriendo con amabilidad. Dice usted que el sol le dá la hora? Pues bien, cuando es medio dia en Paris, ¿podria usted decir cuál es la hora en Berlin?

—No, señor. Todo lo que sé, es que un telégrama espedido en Berlin á las once, es realizado en Paris hácia las diez y media; es decir, que en apariencia llega treinta minutos ántes de ser espedido. Por lo demas, esto no importa, concedo á usted que cuando es medio dia en Paris, en Berlin es la una, en San Petersburgo las dos, y si usted lo quiere las nueve de la mañana en las Azores y las siete en Quebec. Todo depende del meridiano.

—De manera que, dijo Naaman, en todas partes el sol es el mismo y la misma hora en ninguna. ¿Cómo sucede eso?

—¡Estraña pregunta! La hora es verdadera para cada cual, desde que para cada cual el sol sale ó parece que sale en un punto diferente. ¿Está satisfecho el señor profesor de su discípulo con canas?

—Sí doctor; veo que estamos de acuerdo tanto en teología como en astronomía.

—Señor Naaman, empiezo ya á comprender á usted. Para usted la verdad es el sol que cada uno ve segun el horizonte que nos circunda. Segun este, es medio dia para la iglesia presbiteriana, miéntras que se ha pasado la hora para los baptistas y aun no ha llegado para los metadistas. Si querran colocar á los católicos en los antípodas? Injenioso modo de armonizar el orgullo con la caridad!

—Señor, dijo Naaman ruborizándose, usted me ha comprendido mal. Usted ha comprendido mi pensamiento, pero mis sentimientos los ha interpretado mal. Si, señor: para cada iglesia, me atreveré á decirlo, para cada cristiano, creo que hay un horizonte diferente. El nacimiento y la educacion nos dan el punto de partida. Tócanos pues á nosotros ahora el dirijirnos hácia esa verdad que nos llama, acercarnos á ella sin cesar, á poder de estudio y de virtud. Que haya iglesias mejor iluminadas por la divina luz, lo comprendo; pero no dudo por eso que en la iglesia mas oscura no pueda hallarse al mejor cristiano. El estar colocado cerca del sol es una gran ventaja, pero esto no es una razon para verle siempre mejor. Ahí tiene usted señor, el motivo por qué amo á mi

iglesia presbiteriana, y por qué á pesar de eso no condeno á nadie.

Todo esto era dicho con una injenuidad encantadora. ¡Bella cosa es la virtud en una alma jóven; es como la sonrisa de la aurora en los primeros dias de mayo!

—Mi jóven amigo, dije á Naaman: esas ilusiones tienen algo de seductor. El sentimiento que las produce es respetable, pero no resiste al primer soplo de la razon. Si cada cristiano ve la virtud á su guisa, no hay verdad entonces. De ese modo tornamos el escepticismo de Montaigne. No ha de encontrar usted un dogma que no sea combatido, creencia ninguna que no sea conmovida. Esa teoría de usted al parecer tan cristiana, condénanos á una invencible duda; lleva á la incredulidad universal.

—Doctor, me respondió el jóven con tanta modestia que me conmovió; me parece que está usted haciendo un proceso al espíritu humano, esto es á la obra de Dios. De la diversidad y de la debilidad de nuestros ojos, podria tambien deducirse que nada vemos. Seria la misma lójica, igual sofisma. En los estudios naturales cada uno de nosotros solo toma la parte que puede apropiarse: ¿se ve acaso que estas diversas opiniones destruyan la ciencia? ¿Hay en física una sola teoría que escape á la discusion? ¿Negaria usted sin embargo que existe una verdad física?

—La comparacion es mala doctor. ¿Qué queda hoy de la física de treinta años atrás? La verdad de ayer ha venido á ser el error de hoy.

No doctor: el error de ayer ha caido como caen las hojas marchitas. La verdad no ha cambiado, porque ella, bajo nombre distinto, no es mas que el conocimiento de la naturaleza, y esta no cambia.

—Concedo á usted eso, jóven; pero la verdad relijiosa es de un órden distinto que la verdad natural.

—Doctor, repuso Naaman, aun cuando concediera esa hipótesis discutible, no adelantariamos nada. Sean cuales fueren el número y la verdad de los cuerpos que llenan el mundo, solo tenemos nuestros ojos para verlos, y lo que no alcanzamos á ver no existe para nosotros.— Sea cual fuere el carácter de una verdad, no podemos comprenderla mas que por medio de nuestro espíritu. ¿Nuestra alma es doble?

Para descubrir las verdades naturales, Dios nos ha dado á todos una facultad indagadora, inquieta, laboriosa que llamamos la razon. ¿Habria talvez en nosotros otra facultad que sin esfuerzo individual recibiese la verdad relijiosa del mismo modo que un espejo refleja el objeto que se le presenta? Si no existe semejante facultad, resulta forzosa la diversidad de opiniones relijiosas: ella consiste en la edad, en la educacion, en el pais en la natural enerjía de nuestro espíritu ó en su actividad. Si por el contrario esa facultad existe, todos debemos pensar de igual modo, como respiramos, por causa de una ley natural. No nos hallamos en ese caso, loado sea Dios. El nos ha dejado á todos la libertad de desconocerle para dar á cada uno de nosotras el derecho de amarle.

Esa libertad que á usted le causa espanto, es nuestro mas hermoso dote; ella hace de la relijion un amor y de la fé una virtud.

—Usted es el profeta de la anarquía! esclamé. Usted desvanece el mas hermoso sueño de la humanidad. *Una fé—una ley—un rey*, hé ahí el lema de la edad media, lema que todos los hombres llevan en el fondo de su corazon. ¿Qué nos ofrece usted en cambio? La confusion. ¿Que viene á ser una iglesia donde cada uno habla lengua diferente y no entiende la de su vecino?

—Señor, repuso el jóven ministro, yo amo la unidad lo mismo que usted. Cristo nos ha dicho que vendrá un dia en que no habrá mas que *un solo rebaño y un solo pastor*. Yo creo en la palabra de Cristo. Pero la unidad no es la uniformidad. Contemple usted la naturaleza: ¡qué admirable conjunto! A pesar de eso, no hay un árbol, una planta, una flor, ¿qué digo? no hay una hoja parecida á otra. De la variedad infinita saca Dios la unidad viva y perfecta. ¿Por qué pues la ley de la naturaleza seria la ley de la humanidad? ¿Por qué la voz de la criatura no tendria su lugar en ese concierto de alabanzas que la tierra entona al Señor?

Al lado de esa fecunda armonía, ¿qué viene á ser la monotonía estéril de una nota única? La unidad para mí, es la iglesia universal, esa iglesia que abraza todas las almas fieles. Todo aquel que ama á Cristo es hermano mio: atiendo á su amor, pero nó á su símbolo. Agustin, Crisóstomo, Gerson, Melanchthon, Jeremías Taylor, Bunyan, Fenelon, Law, Canning son soldados de ese ejército divino. ¿Qué me importa su regimiento? su bandera es la mia, es la de la libertad.

—¡Bravo! Naaman, dijo Truth, apoyando su mano en el hombro del jóven ministro: convierta usted á ese pagano.

—Pagano es usted, esclamé. Creo que aquí no hay mas cristiano que yo, ó católico, si ustedes lo prefieren, en la verdadera significacion de la palabra. Mientras que ustedes despedazan la relijion y la abandonan á todos los caprichos, yo solo, fiel á los viejos y sólidos principios, quiero que un símbolo único sea la ley de los espíritus, y para sostener esa ley de verdad llamo en socorro mio el brazo secular.

—Ya se lo decia yo, mi querido Naaman, repuso Truth riéndose. Es un pagano de la decadencia, uno de esos adoradores de la fuerza que se imajinan que es posible decretar la verdad lo mismo que se hacen leyes.

—No soy tan ridículo como eso, dije un poco picado. Tambien yo amo la verdad, pero no soy ciego como los utopistas, para quienes la libertad es una panacea universal que cura el mal y el error por todas partes; la esperiencia me ha vuelto menos confiado. El mundo no es una academia de filósofos, discutiendo en calma las tésis mas temerarias. El pueblo esa hidra de muchas cabezas, es un conjunto de criaturas débiles, ignorantes, locas, perezosas, criminales: para contenerlo y dirijirlo es necesario un freno. Ese freno es la relijion, sostenida, impuesta por una autoridad esterna. Si el poder no llama á sí la causa de la iglesia, se acabó el cristianismo; la sociedad queda entregada al ateismo, á la anarquía, á la revolucion.

Hé ahí porque yo creo, señores, en la necesidad, digo mas, en la santidad de la fuerza, puesta al servicio de la verdad. ¿Soy acaso un pagano, cuando á ejemplo de San Agustin, de Bossuet y de tantos otros cristianos escelentes, sin hablar del Calvino de ustedes, pido que la sociedad preste su espada á la iglesia; en otras palabras, que el estado tenga su relijion?

—Una relijion de estado, dijo de repente Brown alargando su cabeza de dogo: ¿qué monstruo es ese? ¿Será que el estado tiene una alma para que tenga una relijion?

—Señor, le contesté friamente, ustedes sin duda necesitan un estado impío y leyes ateas.

—Señor, replicó á su vez aquel testarudo, yo no me curo de palabras. ¿Qué cosa es el estado?—En una monarquía, es el príncipe. Segun eso, treinta millones de cristianos habran de tener la religion de Achab si es que Achab llegase á tener una relijion? Entre nosotros donde el poder alterna, se cambiará de fé cada cuatro años. Hé ahí lo que yo llamo ateismo de primera clase: creer obedeciendo, es no creer en nada.

—Cuando yo hablo de estado, interrumpí, me refiero á la sociedad política.

—Bien está, contestó; la mayoria será la que ha de decidir del símbolo y de la fé, despues de haber discutido y enmendado. Tendremos pues una relijion parlamentaria. Se discutirá la Encarnacion ó la Trinidad y se votará. ¡Qué comedia!

Cosa singular! desde que el mundo existe, no hay una verdad natural que no haya sido hallada por un hombre solo: se necesita pasar por muchas pruebas, algunas veces por el martirio del inventor, para que esa verdad reuna algunos fieles. Un siglo no es demasiado para que ella le conquiste la mayoria. Pero otra cosa sucede en relijion; la mayoria jamas se equivoca. ¡Curiosa infalibilidad! Que nos devuelvan el papa; acepto un milagro, rechazo una absurdidad.

—Señor Brown, díjele levantando la voz, usted no contesta á mi objecion. Si el estado carece de relijion, la ley ha de ser atea.

—Siempre palabras, señor, repuso el intratable predicador. El estado es una abstraccion, es una manera de designar el conjunto de los poderes públicos. Pero la sociedad es una cosa viva, es la reunion de todos los ciudadanos que habitan una misma patria. Si esos hombres son cristianos, si su moral es cristiana, ¿cómo la sancion que esos hombres den á la moral pùblica, en otros términos, cómo la ley ha de ser atea? *Un árbol bueno nunca puede producir malos frutos* (1).

—¡Imprudente! esclamé, ¿cómo puede V. imaginar que si el estado permite toda clase de creencias, no ha de sufrir el evangelio?

—Poca fé tiene usted, señor, dijo Brown, dirijiéndome una mirada terrible. Se olvida usted de que Pablo dijo: "Las armas de nuestra milicia no son carnales." El cristianismo no fué nunca ni mas hermoso ni mas fuerte qua cuando tuvo contra sí el mundo. Eche usted una mirada á su alrededor, y verá usted que en parte ninguna la relijion se halla mas incorporada á la vida que en América; y no obstante esto el estado no la conoce. No encadene usted las almas, no las tenga usted en la noche que las corrompe; que estén libres é irán hácia Dios.

—Pero en fin, estimado señor Brown, es imposible que el estado pague todas las comuniones, y se convierta en tesorero del primer fanático que abra una iglesia.

—Yo quiero que no pague á nadie esclamó el feroz puritano. ¿Con qué derecho intervendria el estado? ¿posee él otro dinero que no sea el nuestro? ¿Pagaria el judio á los cristianos para que le llamasen deicida? ¿Pagaré yo á los unitarios que me disputan la divinidad de Cristo? Eso seria una injusticia, un ultraje á mi fé! Además, fijese usted en el papel que asigna al estado.

(1) Mateo, VI, 18.

Cuando el lejislador declara que la relijion no es de su incumbencia, proclama el respeto de la conciencia; en su misma abstencion procede como cristiano. Suponga usted ahora que él proteja diez distintas comuniones, diez creencias enemigas, ¿qué vendria á significar esa insolente tutela, sinó que el estado vé en la relijion un instrumento político y que no tiene por todas las comuniones mas que una indiferencia igual y el mismo desprecio? Tan bello sistema, que usted señor, no ha inventado, es la policía del paganismo.

—Enhorabuena, repuse yo, deje usted á cada uno de los fieles el sosten de su culto, y ya verá usted cuantas iglesias se forman. Cada cual se hará ateo por economía.

—Está usted equivocado, querido doctor, me dijo Truth con acento amistoso. Ya está hecha la prueba y depone contra usted. Tenemos cuarenta y ocho mil iglesias que han sido edificadas á costa de los particulares y cuyo valor está calculado en cien millones de dollars. Nosotros erijimos anualmente mil doscientos templos nuevos. El término medio del salario de nuestros pastores anda por quinientos dollars, lo que hace un presupuesto de cultos de veinticuatro millones de dollars. Busque usted un pais donde el estado costee los cultos, y estoy cierto que no encontrará usted uno que gaste la mitad menos que nosotros. (1) La razon es obvia. El estado tiene que ser avaro de los dineros que toma al pueblo, en tanto que el individuo se complace en enriquecer su iglesia y no vacila ante ningun sacrificio. Nada es tan pródigo como la fé y la libertad.

—Está bien, díjele; pero en la cuestion de dinero no está todo, queda la cuestion política. Otorgar á cualquiera el derecho de fundar una iglesia, equivale á reconocer todas las asociaciones, á abrir ancho sendero á la ambicion relijiosa y al fanatismo, esto es, á lo que hay en el mundo de mas ardiente y mas pérfido. Suponga usted que alguna de esas iglesias prevalezca sobre las demás, que se apodere de las almas, y tendrá usted un estado dentro del estado. Entónces, aunque ya demasiado tarde sentirá usted la falta que ha cometido abdicando una proteccion mas necesaria al gobierno que á la iglesia, una proteccion que en último resultado no es mas que la defensa de la soberanía.

—Ahí esperaba á usted! gritó el puritano volviendo á entrar en la pelea como un jabalí. Bien conozco á todos ustedes los políticos, pues hace mucho tiempo que Spinosa, el príncipe de los ateos y Hobbes el materialista y el escéptico Hume me entregaron el secreto de ustedes, que han menester de una iglesia oficial para desembarazarse de toda relijion. Lo que á ustedes los conturba no es la influencia política, puesto que ella es nula en un pais libre; lo que ustedes temen es la influencia moral. El cristianismo es por su naturaleza inquieto, agresivo, conquistador. Necesita al hombre por entero; sociedad y gobierno, él quiere invadirlo todo y todo penetrarlo con su espíritu. Esto es lo que nos alienta á nosotros y lo que á ustedes causa espanto. Obispos que se duerman en su púrpura señorial, pobres vicarios, cuyo celo es dirijido y contenido; una relijion, especie de moral vana y estéril que predica al pueblo la obediencia, que le habla siempre de sus deberes y nunca de sus derechos; hé ahí el ideal que á todos ustedes los colma de satisfaccion, pero que nos horroriza á nosotros. Ustedes rechazan la libertad par la misma razon que nos la hace anhelar. Nosotros creemos en el evangelio y ustedes le temen.

—Lo que yo temo, le dije, son las asociaciones, pero no al Evanjelio.

(1) En Francia el presupuesto de cultos fué fijado para 1862 en 49 millones 869,936 francos y nuestra poblacion representa una cuarta parte mas que la de los Estados Unidos.

(*Nota del Editor frances.*)

—Sí, porque la asociacion es la unica forma posible de la libertad. Lo que ustedes necesitan es un estado cuya omnipotencia no sea inquietada por nada, y que no tenga en su presencia mas que individuos aislados y conciencias mudas. El despotismo romano en toda su fealdad.

Nosotros los cristianos, entre el estado y el individuo, entre la fuerza y el egoismo interponemos la asociacion, es decir el amor, la caridad, verdadero vínculo de los corazones, verdadero cimiento de las sociedades. Para difundir la Biblia, para propagar la palabra divina, para iluminar á las almas, para socorrer á los desvalidos, para consolar á los que padecen, para levantar á los caidos, necesitamos centenares de asociaciones, millares de asambleas.

Queremos que un pueblo cristiano practique el bien mediante el libre concurso de todos sus miembros, que no encomiende á nadie un deber que solamente él puede llenar. Pero todas estas sociedades no pueden existir sinó con una condicion, y es que la iglesia, la primera y mas considerable de todas, sea señora absoluta en su esfera. La iglesia es quien con su libertad escuda y garante todas las asociaciones; de ese modo es que la relijion léjos de ser un peligro para el estado, es la vida misma de la sociedad. Hé ahí por qué necesitamos la libertad relijiosa; necesitámosla porque Cristo nos la ha dado, necesitámosla porque ella es la madre de todas las libertades. Quien esto ignora ni es cristiano, ni ciudadano tampoco.

—Padre mio, me dijo Susana à media voz; van á dar las dos, es preciso partir.

—En efecto, es la hora de ir á paseo. ¿Está el coche ahí?

—Papá, hoy es dia del Señor; hoy no se anda en carruaje. Adonde voy á llevar á usted es á la escuela del domingo.

—Razon tienes, dije para mí. Un parisiense, estraviado en este bello pais de libertad, tiene mucha necesidad de ir á la escuela. Debe aprender y debe olvidar.

Luego que me encontré en la calle, léjos de aquella atmósfera teológica, respiré libremente.

—Uf! qué jente tan pesada es esta, dije dando un bostezo. Parecen bueyes uncidos, siempre cavando el mismo surco. Una hora de relijion y de política es demasiado para un frances; hay de sobra para hartarlo de Evanjelio y de libertad. ¿Quién pues me hablará de alguna cosa razonable y entretenida, de pintura, de ópera, de música ó de guerra? Paris, Paris, necesito de tu ambrosía para purificarme!

Yo no sé qué locura iba ya á decir á Susana, cuando notè al bello Naaman, que caminaba cerca de nosotros al paso de un pastor que sigue á su oveja. Me habia olvidado de que estaba en América y de que la señorita mi hija era por el momento presbiteriana!

(*Continuará.*)

GUIA DEL BUEN TONO.

Hoy que Buenos Aires va tomando una importancia merecida por el adelanto social, no está demas dar algunas sucintas reglas que sirvan de guia al estranjero y aun al nacional para que sepa á que atenerse, sin maestro de ceremonia en materia de costumbres que son jeneralmente recibidas.

Procederemos con método, sin embargo del propósito de ser sucintos.

Para el teatro y espectáculos públicos—Lo mejor es proporcionarse un anteojo, chiquito, de carei ó nácar; que sea *chiche*, es lo principal; porque si no sirve para ver, tiene los honores de una alhaja. Obtenido, entrar despues de la introduccion, á la mitad del primer acto, pisando un poco fuerte, con naturalidad bastante, para llamar la atencion; lo que da cierto aire de elegancia. El cigarro debe arrojarse adentro, despues de fumar un poco, aunque no sea mas que para mostrar á la Policia, que contra la elegancia la autoridad es impotente, y es aun mas elegante, esperar á que el vijilante pida de favor que no se fume. Entonces se mira el cigarro, lo que de él falta, se le dá el *adios*, todo con calma y en silencio; y despues de una pausa simpática de cinco minutos, se le arroja.

Con esto, se protesta, contra la autoridad y triunfa la elegancia, en apoyo de la que damos estas reglas.

Durante el espectáculo, sienta bien un aire *negligente*. Se puede conversar en tono bien intelijible, que si causa alguna interrupcion, todo eso cede ante el aire distinguido y *come il faut*.

La *entrada*, se compra cuando hay mas apretura en la boleteria; esto proporciona el placer de la brega, que dá emociones de pugilato.

En el ferro-carril—Se toma entrada, se dá un papel de 500 pesos para pagar un asiento á Flores, pequeña contrariedad para el boletero, pero que es agradable, porque se le pone en apuros sucesivos. No se muestra el boleto al pasar la puerta, como está prevenido por la majadera comision de la empresa, y con esto se dá lugar á que el encargado reclame el boleto: es entonces que estorbando el paso, se busca en el bolsillo y despues de un rato, se muestra, para poder pasar. En seguida, se toma un *guagon*, donde haya señoras, y se fuma, para ser intimado de no fumar. Se conversa lo que se quiera; porque hay *satisfacion*, y se ha pagado la plata; se dan bromas al amigo con su querida, y si este no se quiere dar por entendido, se la nombra por las iniciales, ó se va mas adelante en descripciones, hasta que tiene que ceder. No importa que con ellas los demas caigan en cuenta, pequeño inconveniente que es inferior á la claridad de la verdad, y á las chispas de espíritu con que estas bromas se salpican. *Z.*

En el album de una niña en vísperas de desposarse.

Cuánta vez en las márjenes del rio,
Viendo correr el agua, indiferente,
En medio de la rápida corriente
No ha arrojado tu mano alguna flor!
Hoy eres tú tambien flor delicada,
De su tallo paterno desprendida,
Que arroja en la corriente de la vida
La mano irresistible del amor.

—

¿Adónde irá la flor arrebatada
En el curso del onda peregrina,
Que no sesga un momento ni domina
Lo voluntad con resistir tenaz?
¿Quedará deshojada en la corriente?
¿Irá á agostarse en páramo de arena?
¿La espera cerca la llanura amena,
Con sus paisajes de embeleso y paz?

—

Vírjen, el corazon es el destino;
Yo leo en él tu horóscopo, y bendigo
El sentimieuto que te dió á un amigo
Y la ventura que le cupo en tí.
Anjel del bien, la sombra de tus alas
Protejerá las puras alegrias
Que de la historia de tan bellos dias
Una pájina blanca harán aquí!

Buenos Aires, Febrero 20.

J. Cárlos Gomez.